

de las flores y los arabescos se leían sentencias y versos sacados del Corán.

Los techos y bóvedas, prolijamente tallados, presentaban elegantes relieves, perfectamente dorados. En medio del aposento había una fuente de pórfido, donde triscaban millares de peces de colores, y alrededor, en una cenefa de boj, divinamente recortada, se leía el nombre de la favorita, cuya estatua de oro estaba como sonriendo sobre la taza de la fuente.

Otro de los aposentos que más sobresalía por su mérito y su importancia, era el que se llamaba *Beitalmenam*, ó sea cuarto del sueño, porque en sus dos extremidades, bajo dos pabellones afiligranados, sostenidos por finas y esbeltas columnas de cristal de roca, se abrían las puertas de dos alcobas ocupadas por blandos y riquísimos lechos, destinados al califa y á la sultana. En medio de los pabellones había otra fuente en forma de concha para el tocado de la favorita. Sin embargo, lo que más llamaba la atención en el *Beitalmenam*, después de sus elevadas techumbres de artesonados de cedro y alerce, sembrados de figuras talladas en plata y oro, era una fuente de jaspe verde, en la que resaltaban bellas labores y vistosos geroglíficos, sobre un fondo perfectamente dorado. Entre las pintorescas flores que formaban la labor, se veían in-

crustadas hermosas perlas, y en los doce lados aparecían doce figuras de animales distintos, de oro rojo cincelado y engastadas con riquísima pedrería. De la boca de cada animal brotaba un caño de agua que se derramaba en una pila de alabastro que descansaba sobre el pavimento de jaspe blanco y encarnado. Esta hermosa fuente fué regalada al califa por el emperador de Grecia, que la remitió por medio de sus obispos y embajadores Rebi y Junani. Las figuras de oro y plata fueron trabajadas en las *Dársenas* (talleres) de Córdoba, cuyas joyas, entonces como ahora, eran tenidas en gran estima por su mérito y su valía.

Entre el lujo y la magnificencia que por todas partes asombraba, haciendo creer que personas más que humanas habían contribuido á levantar aquel monumento del arte, llegaba á su colmo, sin embargo, por la pompa y el encanto, el pabellon central llamado *de los califas*, cuya descripción dejaremos para más adelante.

Por lo demás, y para conocer la magnificencia y grandeza que en todas partes resplandecía, formando de aquella encantadora mansion un sueño del Paraíso, iremos señalando el orgullo y la ostentación con que habían sido llevadas á cabo aún las cosas más pequeñas y minuciosas.

Después de referir las vicisitudes de las obras, los tesoros consumidos y las preciosidades adquiridas, dice un historiador moderno: «Los toldos, alfombras y cortinas que adornaban los patios y estancias, eran de rico tejido de oro y seda, y multitud de dorados pebeteros perfumaban el ambiente con los más suaves aromas, mientras trescientas hermosas pilas de alabastro, llenas de aguas esenciales, ocupaban los parrajes más amenos y deliciosos para las abluciones de la familia real.»

Para conocer las riquezas y suntuosidades que allí había amontonado Abderrahman III, es preciso leer las siguientes frases de Dozy, elocuentes para el caso: «El palacio califal, donde se hallaban reunidas todas las maravillas de Oriente y Occidente, era de colosal extensión: basta decir que en el Haren había seis mil mujeres» (1).

Nada nos parece tan acertado para contar á nuestros lectores lo que era el pabellon central, que copiar la exacta y severa descripción que hace de él un inteligente escritor, persona de gran autoridad en la materia.

«Entre sus maravillas, dice, se distinguían el

pabellon central, las fuentes y la mezquita. Estaba el mencionado pabellon sostenido en columnas de mármol de aguas taraceadas de rubíes y perlas con capiteles de oro; llevaba el nombre de *Salon de los califas* (Kasrud-l-Khojafa), porque en el advenimiento de estos al trono debía hacerse allí su jura y proclamación. Sus paredes estaban cubiertas de oro y mármoles transparentes de diversos colores, su techo de lo mismo, y pendía de su centro una perla de incomparable tamaño, que, entre otros preciosos dones, había regalado á Ana-sir el emperador Constantino Porfirogénito. Las tejas de este pabellon eran de plata y oro, alternadas. Ocupaba el centro del mágico recinto un estanque de púrpura, lleno de purísimo azogue, que limitaba una arquería poligonal de ocho arcos de herradura, de ébano y marfil, incrustados de oro y piedras preciosas, sobre columnas de mármol pulido y cristal.

»Cuando penetraba el sol por ellos, sólo el reflejo que producían sus rayos en el techo y las paredes bastaba para cegar á cualquiera: así, cuando Ana-sir quería intimidar á algun personaje, de cuya lealtad no estaba seguro, con una seña que hiciese á uno de sus esclavos, al punto la masa de azogue empezaba á moverse, y sus vivos reflejos producían en todo el salon unas

(1) Tomo III; *Historia de los musulmanes*.

luces como relámpagos deslumbradores» (1).

Debajo de este pabellón había otro que no le cedía en riqueza, gusto y ostentación. Era todo de mármoles exquisitos de diferentes colores, y la tuchumbre y capiteles de sus muchas y elegantes columnas, primorosamente dorados. En medio de este salón se destacaba una fuente de gran mérito y trabajo, que arrojaba sus ricas aguas por medio de un cisne de oro de inapreciable valor. Tenía dos grandes puertas de entrada, la una meridional, con una graciosa escalinata que daba paso á los deliciosos jardines de la Raudha, y la otra septentrional, que daba salida á la sierra, y era por donde los califas marchaban á sus monterías.

Iguales ó parecidos había otros muchos salones, donde la plata, el oro y la pedrería hacían un juego tan encantador, que hoy, á pesar del desarrollo extraordinario de la industria y el lujo, nos parecen sueños de las calenturientas imaginaciones árabes. Renunciamos á su descripción por no cansar á nuestros lectores.

Diremos, sin embargo, «que había allí, además del régio alcázar, viviendas magníficas para

(1) Madrazo; *Recuerdos y bellezas de España*, página 411. Conde dice estaba el azogue en una concha; pág. 3.<sup>ª</sup>, cap. 79.

hospedaje de los altos funcionarios del Estado; allí, acueductos que mantenían con agua de la sierra en perpétuo verdor las huertas y vergeles; allí, jardines con toda clase de flores y boscajes de azahar, de mirto, de laurel; allí, sorprendentes juegos de aguas, fuentes, estanques y lagunas de todas formas; allí, cenadores y deliciosas umbrías donde guarecerse de los ardores del estío» (1).

Además de los jardines de la Raudha, donde se criaban plantas y flores traídas de la Arabia, de Persia, de Turquía, de Grecia, de Italia y de otras partes del globo, había otras muchas huertas y paseos «con diversidad de árboles frutales y bosquecillos partidos de laureles, mirtos y arrayanes, ceñidos algunos de curvos y claros lagos que ofrecían á la vista pintados los hermosos árboles, el cielo y sus arreboladas nubes» (2).

Veinticinco años duró la obra de Medina-Azzahrá, como hemos dicho, á pesar de la actividad que reinaba y de la continua presencia del califa en las obras, el cual, tanto empeño tenía en concluir las, que con asombro de los

(1) Madrazo. Obra citada, pág. 410.

(2) Conde; *Historia de los árabes*, parte segunda, cap. 79.

creyentes faltó tres viernes á la oracion de la Aljama, por lo que fué reprendido públicamente por el Abjaqu-Mondzir.

Hasta el monte vecino, para complacer á la favorita, fué convertido en una risueña pradera sembrada de árboles y flores que derramaban sus perfumes sobre la altiva ciudad, todo lo cual evidencia la razon de haber gastado tantas rentas y tesoros en aquella obra, digna de mejor suerte, puesto que á los pocos años fué destruida.

No concluiremos sin dar una idea, siquiera sea sucinta, de la famosa mezquita que tambien se construyó al mismo tiempo, si no de la importancia, grandeza y suntuosidad de la de Córdoba, no de ménos lujo y acatamiento.

Esta preciosa mezquita, edificada con todos los primores del arte, media noventa y siete codos de longitud desde el Norte al Mediodía, sin contar la capilla ó sitio que ocupaba el *Mihrab*, y cincuenta y nueve de anchura. Contaba de cinco naves: la del medio, de trece codos de ancho, y las demás, de doce. Su patio, que tenía cuarenta y tres de longitud, y cuarenta y uno de anchura, estaba enlosado de mármol rojo, y en su centro vertía sus cristalinas aguas una magnífica fuente de alabastro. Su lindo alminar, de cuarenta codos de eleva-

cion, se distinguia por sus labores y ornamentos, ejecutados con todo el gusto del arte árabe en el estuco, señalándose por su esbeltez y su riqueza el hermoso *Mimbar*, que se destacaba en uno de los costados del edificio (1).

Las paredes de la mezquita mirábanse todas ricamente decoradas del *foisefesa* de Constantinopla, enlazado con caprichosos mosaicos en fondo de azul y oro, como jamás pudieron hacerlo los griegos, de quienes los árabes la tomaron.

Hasta las maderas empleadas en su construccion, raras y traídas de lejanas tierras, exhalaban tan excelentes perfumes, que á veces sobresalian á los que brotaban de los mismos pebeteros.

Además de la mezquita, se construyeron en los alrededores innumerables casas de recreo, pintorescas alquerías, soberbias almunias, deliciosas quintas, que, diseminadas en las faldas de Sierra Morena, daban un aspecto encantador y una animacion sobrenatural á aquellos mágicos lugares.

Para que nada faltase á aquella morada prodigiosa, se edificaron casas para fieras, fábrica

(1) *Simonet*. Gayangos idem, y Conde; parte segunda, cap. 79.

de moneda, grandes mercados, y se establecieron bulliciosas verbenas, de las que todavía quedan algunos recuerdos en Córdoba. Los poetas árabes cantaron á la nueva ciudad, y sus frescas y gratas inspiraciones han llegado hasta nosotros con toda la verdad y el sentimiento de aquellas ardientes fantasías (1).

## VII.

Amaneció el día claro y esplendoroso: la primavera lucía sus primorosas galas, y la brisa mecía los naranjos y las palmeras que cubrían los alrededores de Córdoba y poblaban sus pintorescos jardines.

Bandadas de blancas palomas cruzaban la atmósfera é iban á posarse sobre los gallardos alminares que se levantaban sobre los edificios de la ciudad.

Al apuntar el día, un ruido de tambores, trompetas y añafles se oía en todos sus ámbitos, y el vecindario en tropel corría ante aquella novedad, para cerciorarse del motivo de aquellos toques al amanecer.

¿Se preparaba alguna algará? ¿Iban las taifas á salir á campaña? ¿Habían osado acercarse los cristianos á Córdoba?

(1) Maraver; *Historia de Córdoba*; M. S., tomo III, apéndice primero.

El caso era que las tropas empezaban á formarse; que se hablaba de conspiraciones, de asesinatos y de prisiones, y que nadie sabía á qué atenerse por lo mucho que se abuitaban y exageraban las cosas. Ello es, que algo grave ocurría en Córdoba, como tendremos lugar de ver.

## PARTE SEGUNDA.

## LA CONSPIRACION.

## I.

Cuando Abderrahman supo que se conspiraba, y que los conspiradores iban á ser presos, su espíritu se conmovió, porque siendo hombre poco aficionado á hacer daño, esquivaba las ocasiones de hacerlo, propicio siempre á practicar el bien á que lo inclinaba su natural bondad. Eso sí, en los casos en que se trataba de humillarle, revelaba una energía á toda prueba, así como en los campos de batalla. Dice un historiador, que era de buen ingenio, de mucha erudición, muy prudente, afable y de graciosa conversacion.

El primero que le juró obediencia fué su tío Almodafar, y de ahí el cariño que los dos se tenían, que era como el de padre é hijo, y este

ilustre general fué el que le acompañó en sus grandes combates y en sus grandes victorias.

Para huir de las discordias y no escuchar los clamores de los unos y de los otros, ni oír las quejas que sus bellos sentimientos no podían sobrellevar, había dispuesto trasladarse á Medina-Azzahrá con su favorita y su servidumbre, porque decía que en más de cincuenta años de reinado no había gozado más que catorce días de sincera felicidad.

Abderrahman empezó á reinar á los veintidos años, y murió de setenta y dos, siendo el califa que más tiempo ocupó el trono de todos los de su familia, sin que despues llegara alguno ni á la mitad de su reinado.

## II.

Almudafar, como hemos dicho, era tío del califa y general en jefe del ejército del califato. Era hombre de excelente trato, finas maneras, gran sagacidad y de una lealtad inquebrantable, por lo que Abderrahmán lo quería en extremo.

Debido á su actividad, fué el caso por el que descubrió la conspiración, que si bien se dice fué á causa de una delación de uno de los conspiradores, ello es que se dió tan buenas trazas,

que los cogió á todos, sorprendió todos los secretos y se apoderó hasta de los estatutos, cuyo artículo primero era el siguiente:

«Artículo 1.º En el momento de estallar la conspiración, se prenderá fuego al palacio del califa sin permitir salir á nadie, hasta que el edificio, con todos los que están dentro, haya quedado reducido á cenizas.»

Como se vé, la primera medida daba una horrible idea de cómo serían las demás.

El califa, atónito, asombrado de tanta maldad, y sobre todo, de la perfidia de su hijo, resolvió, para no presenciar el sangriento espectáculo que se ofrecía, marcharse á Medina-Azzahrá. Habían concluido aquellos días este palacio, y quería disfrutar con su favorita aquella delictosa mansion.

También se le ofrecía hacer un alarde de su poder, su fuerza y su opulencia; y optó por ello, á fin de imponer respeto á los conspiradores que hubiese ocultos.

Desde Córdoba hasta Medina-Azzahrá, se habían levantado miles de arcos de flores y follajes, y cubierto el camino con un toldo de seda color de rosa: á un lado y otro del mismo estaban formados los gentiles mancebos y slaves, con sus ricas armaduras y sus lucientes espadas y picas de hierro bruñido que reverber-

raban á los rayos del sol. Los doce mil esclavos de su escolta real formaban á continuacion, y en los atrios, pórticos y jardines les esperaban, lujosamente ataviadas, las diez y seis mil mujeres de sus harenes. Por medio de este lujo y ostentacion pasaron Abderrahman y Azzahrá, que fueron vitoreados frenéticamente á su paso. Entraron en el alcázar por la puerta llamada *Beb Assudda*, quedando asombrada la favorita de tanta magnificencia y esplendor.

### III.

Abderrahman habia dispuesto grandes fiestas para la inauguracion del soberbio palacio y para recibir dignamente á la favorita, cuyo amor absorbía su vida, por más que ella le pagase con el mismo delirio y la misma idolatría.

Antes de empezar las fiestas visitó Azzahrá todo el palacio, y al llegar á la habitacion de la fuente de azogues, á una seña del califa movió un slavo ésta, apareciendo la estancia iluminada como por continuos relámpagos, que deslumbraron y casi trastornaron á la favorita, que se creyó víctima de un vértigo.

Los festejos que tuvieron lugar, fueron tan grandes como esplendorosos, los cuales duraron tres dias: hubo corridas de toros, en que

los moros principales lucieron sus habilidades; se corrieron cintas, hubo torneos; en todo lo cual Azzahrá mereció toda clase de obsequios, y fué colmada de atenciones.

Por las tardes se jugaron tambien cañas y sortijas; de noche, zambras, bailes y fuegos artificiales, al par que las fuentes y surtidores, fantásticamente iluminados, lucian primorosos juegos de aguas. Las barquillas, iluminadas y adornadas de banderolas, surcaban los estanques. Los alrededores de la ciudad estaban sembrados de tiendas de campaña y pabellones de los moros de Córdoba y pueblos comarcanos que habian acudido á las fiestas.

De noche ofrecia el alcázar el aspecto de un palacio encantado: las habitaciones parecian ascuas de oro, y los jardines, iluminados á la veneciana, como llamamos ahora, ostentaban un aspecto sorprendente: las fuentes y los arroyos murmuraban por todas partes, formando el iris á los rayos de los millones de luces de los jardines. Entre los bosques y vergeles dispuso el califa se ocultaran mancebos slavos y jóvenes doncellas, que tocasen instrumentos y cantasen himnos alusivos al objeto, á su paso y el de la favorita. Esta sorpresa fué para ella muy agradable, y los armoniosos acentos de los añafles, alilies, alaudes, guzlas y otros instru-

mentos, trajeron á su mente recuerdos felices de su pasado. Delante de ellos iban turbas de mancebos y doncellas bailando y danzando á la usanza mora. Los poetas escribieron muchos y bellisimos versos, que se leyeron aquellas noches delante del califa y la favorita, á los cuales adulaban en ellos, celebrando las victorias y grandeza de Abderrahman, y la belleza y gracia de Azzahrá.

Esta le dijo al ver esto:

—¿Y para qué has gastado tanto, cuando hay muchas necesidades en tu pueblo?

—Porque todo es tuyo y todo para tí, y como presente y regalo de mi cariño.

#### IV.

Mientras que el júbilo, el placer y el regocijo reinaba en Medina-Azzahrá y en aquellos lugares de ventura y de deleite, una escena triste y desconsoladora tenía lugar en el palacio de Córdoba. La sultana *Murchana*, esposa de Abderrahman, tenía un delirio por él y sufría con la resignacion de una santa aquel abandono y aquel desprecio. Ni una queja, ni un resentimiento brotaba de aquella alma herida y despedazada contra su esposo; así es, que los

moros la respetaban por su santidad y sus virtudes.

Aquella ilustre señora, triste y desventurada, sufría en silencio su largo y penoso infortunio, y velaba por su esposo como si gozase de toda su felicidad.

La noche en que empezaron los festejos en Medina-Azzahrá, Murchana miraba con dolor hácia la nueva ciudad desde una ventana de su aposento, acaso oyendo la algazara y el estrépito de aquellas gentes contentas. Cuando más embebecida estaba mirando hácia Medina-Azzahrá, acaso envidiando la suerte de la favorita, le pareció que una nube sangrienta se mecía sobre él y ocultaba los encantos de aquel palacio.

La sultana, aterrada ante aquella vision, llamó al anciano alfaquí y cadhí Mondair Ebn-Said y le consultó el caso, el cual la contestó:

—¡Ay noble señora! vuestro esposo el califa ha provocado la cólera y las iras de Alá, al emplear en la fundacion de su asilo de deleites y vanidades mundanas las sumas con que debiera redimir los cautivos que gimen en las mazmorras de Afranch.

Esa mujer le ha perdido y acabará con él.

Esta revelacion acobardó á la sultana, hasta el punto de que, temblando y llorosa, creyó que estaba ya encima de su esposo el castigo de



Alá. Entonces, á aquellas horas, se encaminó á la mezquita, y con lágrimas y sollozos, puesta de rodillas, imploró de Alá el perdon de su esposo y le rogó infiltrase la luz en su corazón, seducido por los halagos y groseros deseos que le brindaban mujeres engañadoras.

La infeliz sultana pasó la noche en la mezquita en constante oracion y rezos, mientras Almudafar prendia á los conjuradores, como hemos visto, cumpliéndose en parte las profecías del alfaquí.

## V.

Abderrahman III, fué sin disputa el califa más grande del reino árabe en España: él concluyó la guerra civil que devoraba al pueblo; creó academias, levantó soberbios edificios, hermosteó la catedral, cubrió de laureles sus banderas, y llevó sus victorias á Africa, Francia y Portugal. Él concluyó con los bandos y fracciones que se disputaban el reino; acabó con las matanzas que inundaban de sangre las calles de Córdoba; rechazó á los leoneses y africanos que estaban á punto de repartirse el reino cordobés.

Protegió las obras públicas, y no fueron pocos los monumentos que debieron á él la ostentacion y la grandeza con que las admiraban

las gentes. Muchos creen que empobreció el erario con sus despilfarros, y la verdad es, segun dice Dozy, que encontró el Tesoro público en un estado deplorable, y dejó á su muerte en él la enorme suma de veinte millones de monedas de oro; habiendo prosperado, á la vez que el Tesoro público, el comercio, la industria, la agricultura y las artes. La poblacion de Córdoba llegó entonces á medio millon de habitantes, con ciento trece mil casas, tres mil mezcitas, trescientos baños, y veintiocho arrabales.

La poesía llegó á su más alto grado de esplendor; los poetas, como Ben Ayub, Abu Becri, Ben Berd, Ismael y otros, entre ellos Abderrahman, que escribió, entre otros versos, aquellos que empiezan:

¿Cómo no ha de suspirar?  
 ¿Cómo esperará bonanza,  
 si dura piedra acabó  
 el alma que me cuidaba?

Ya se comprende que tras una vida de tanto trabajo, tras una agitacion tan continua, el califa debía estar cansado, y por más que Az-zahrá dulcificase sus sueños, su felicidad no podia ser duradera, como él decia.

Por eso aquella conspiracion inesperada le

hizo tanto daño, y por eso se alejó de aquel horrible teatro, donde no podía menos de representarse un drama sangriento que quería olvidar entre los placeres y las fiestas.

Conocía que los celos no perdonan, que Almudafar era inexorable, como pundonoroso militar, y que él no podía más que seguir la ley, como había hecho toda su vida.

## VI.

Abderrahman estaba sentado en un divan de seda acariciando el puño de su gumiá damasquina.

Su frente estaba pálida, y su mano temblorosa.

Un sudor frío corría por sus mejillas, y de vez en cuando suspiraba dolorosamente.

Almudafar estaba en pié, sin hablar.

Por último, el califa rompió el silencio, y dijo:

—¿Y los presos?

—Esperan tus órdenes.

—Villanos, exclamó, mientras me desvelo por su bienestar, son más ingratos.

—Ya sabes que siempre pasa eso.

—¿Y cuántos son los culpables?

—Ya lo sabes: los jefes son Abdilbar y la

Rosa: además, hay otros muchos de ménos importancia.

—¿Y qué les he hecho yo?

—A ellos nada; pero hay aquí otro misterio oculto.

—Por Alá, dime lo que hay.

Almudafar temblaba sin hablar.

—Habla pronto.

—Tu hijo...

—¡Abdalá será! porque Alakem es muy bueno.

—Sí; Abdalá era el alma de la conspiración; pero hay más todavía.

—¡Walá, habla, que se arde mi frente!

—Que en la conspiración resulta complicada...

—¿Quién?

Y el califa se puso en pié como un cadáver galvanizado.

Almudafar dió un paso atrás.

—Habla, habla pronto.

—¡Azzahrál

—Mientes.

—Es verdad, dijo Azzahrál, que entró en aquel momento, pálida como una azucena, hermosa como una rosa blanca de Mayo.

El califa y Almudafar, espantados, se quedaron mudos.